

guera, y suspendido con la cabeza hácia abajo perseveró en esta forma hasta quedar enteramente consumido. En el pais de Éfeso encerraron á treinta y ocho religiosos bajo la bóveda de un edificio abandonado, y tapiando todas las comunicaciones, les dejaron morir en este estado.

83. Pero la mas ilustre de las víctimas inmoladas por el culto de Jesucristo y de sus Santos, fue el abad del monte San Ausencio, monasterio famoso cerca de Nicomedia, mártir comparable á San Estévan, cuyo nombre tenia, y á quien por sobrenombre llamaban Estévan el jóven, para distinguirlo de aquel otro atleta de la Religion (1). No obstante el rigor de su retiro y el cuidado estremado que puso en ocultarse de los hombres, su santidad y la austeridad de su vida le hicieron muy famoso. Su celda, ó por mejor decir, su sepulcro, era una gruta que solo tenia dos codos de largo y apenas uno de ancho. Era tan pequeña su altura que no podia estar en ella de pie. Estaba medio descubierta, por cuya causa el ardor del sol le abrasaba en verano, y quedaba espuesto á los rigores del frio y á todas las injurias del aire en las otras estaciones. Todos sus vestidos consistian en una simple túnica de pieles, debajo de la cual traía una cadena de fierro cruzada desde las espaldas hasta los riñones, unida por la parte inferior á un ceñidor igualmente de fierro, y á otro por debajo de los sobacos. Se empeñó Constantino en atraer á este

(1) *Annalect. Græc. tom. 1. Vit. S. Steph.*

santo hombre á su heregia, persuadido de que si lo lograba, ya no hallaria resistencia en persona alguna, aun entre los solitarios mas piadosos.

Dió esta comision al patricio Calisto, seductor hábil, que perfectamente instruido en todas las sutilezas de los novadores, se esplicaba con mucha elocuencia. Calisto llevaba aceite, dátiles, higos y algunos otros regalos convenientes á los solitarios. Comenzó diciendo al varon de Dios, que el Emperador lleno de veneracion y afecto hácia su persona por razon de la fama de su santidad, no le habia olvidado de modo alguno en las suscripciones que pedia á todos los fieles de distincion para firmeza de lo que se habia mandado en su concilio; luego creyó deber desplegar todos los artificios de su elocuencia; pero Estévan le cortó la palabra y dijo: „Señor patricio, yo jamás suscribiré á unas decisiones heréticas, que vos llamais definiciones del concilio. Dios me libre de atraer sobre mí la maldicion del profeta, llamando dulce lo que es amargo, y dando el nombre de luz á las tinieblas. Volved, pues, á aquel que os ha enviado para seducirme: al Emperador que se degrada haciendo el papel de heresiarca, y no dejéis de decirle, que Estévan está pronto á morir por el culto que la heregia orgullosa con su poder se atreve á blasfemar. Lleváos vuestros dones tentadores: el aceite del pecador, como me manda la Escritura, no perfumará mi cabeza, y los manjares de los hereges no mancharán mi boca. Presentando despues la concavidad de la mano, añadió: aunque no tuviera mas



sangre que la que cabe aquí, la derramaria gustoso por la imagen del Redentor."

Calisto volvió confuso al Emperador, y le participó la respuesta de Estévan; la cual enfureció de tal modo á este Príncipe violento, que volvió á enviarle inmediatamente con soldados para que sacasen al Santo de su celda, que estaba en la cumbre de la montaña, y le encerrasen con buena guardia en el monasterio situado en la falda hasta que él decidiese de su suerte. Los satélites partieron al momento, derribaron la puerta de la celda, y sacaron de ella al Santo. Mas su crueldad se convirtió en compasion cuando repararon que en fuerza de tanto estar de rodillas, era tal la contraccion de sus nervios que sus piernas estaban como cosidas ó pegadas con los muslos, y que no podia estenderlas ni cuasi moverse: tal era la debilidad ocasionada por su extrema abstinencia. Fue necesario que dos de ellos juntasen sus brazos con precaucion para trasladarle, sosteniéndose el Santo en este estado del modo posible, puestas las manos sobre sus espaldas. Al llegar á la falda de la montaña le encerraron con los otros solitarios, y se estuvieron á la puerta de la laura esperando las órdenes del Emperador. Entretanto todos los religiosos se ocupaban en orar y en cantar las alabanzas divinas. Los soldados edificados y enterneidos se decian unos á otros: á la verdad, estos buenos monges á quienes maltratan sin motivo, no pueden menos de mirarnos con horror, y nosotros estamos haciendo aquí el papel de bandidos. San Estévan y sus compañeros per-

manecieron sin embargo encerrados por espacio de seis dias sin tomar ningun alimento. Una guerra imprevista contra los búlgaros impidió al Emperador el satisfacer su designio impío, y le obligó á dejar por algun tiempo en paz á los monges de Ausencio. Al separarse de ellos sus emisarios, se encomendaron con instancia á las oraciones de su santo abad.

El mismo Constantino llegó á comprender, que para ser aplaudido de aquellos vasallos que conservaban algun vestigio de rectitud, era necesario hallar en los defensores de la fe otros crímenes que su fidelidad á la tradicion y á las observancias de los padres. Hizo acusar al Santo de un comercio vergonzoso con una señora de distincion, la cual hallándose viuda y sin hijos habia dejado, por consejo de San Estévan, sus riquezas, su misma patria y su familia, para vestir el hábito de religiosa en el monasterio de monjas que estaba muy cerca del de los hombres al pie del monte San Ausencio. Sobornaron á un monge llamado Sergio y á una esclava de Ana, que así se llamaba la señora desde que San Estévan la habia dado este nombre al recibirla por hija espiritual. Los dos falsos testigos depusieron, que Ana subia frecuente á la celda del abad á media noche. Cogieron á esta santa religiosa, y la hicieron comparecer delante del Emperador, el cual usó de todos los artificios para obligarla á que se perdiese á si misma con una confesion infamatoria. Pero ella respondió gimiendo: „Señor, yo estoy al arbitrio de vuestro poder: atormentadme, quitadme le vida: yo no



tengo otras relaciones con este santo hombre que las que se deben tener con los guías celestiales que nos dirijen por el camino de la salvacion." El Emperador quedó confuso sin tener que replicar. De puro despecho se mordió las uñas de una mano, y con la otra hizo las gesticulaciones arrebatadas y ridículas que manifestaban ordinariamente su cólera y petulancia. En otro interrogatorio hizo poner á la vista una multitud espantosa de nervios de buey ó vergajos, y dijo á la acusada: mandaré que todos se rompan en tu cuerpo, si no confiesas tu infame comercio con Estévan. A imitacion del Salvador acusado por los judíos, no respondió una sola palabra. Desde luego ocho satélites la cogieron por ambos brazos, y la estendieron en el aire en forma de cruz, mientras que otros dos la sacudian con todas sus fuerzas, el uno en el vientre y el otro por detras. Ella permaneció sin hablar palabra y sin hacer ningun movimiento. Creyendo el Emperador que habia muerto, hizo que la pusiesen en uno de los monasterios de Constantinopla. Ora quedase en efecto sin vida, ora fuese acogida, y cuidadosamente ocultada por algunos ortodoxos, nada se volvió á hablar de ella desde aquel momento.

Era muy cruel la injusticia y opresión con que se habia tratado á Ana; pero no era de temer se usase la misma conducta con Estévan, porque el tirano se lisongeaba con la esperanza de hacerle caer en sus lazos por medio de un nuevo stratagemá. Indujo á un jóven cortesano llamado Jorge á que

fuese á verse con el santo abad, y manifestándole un grande aprecio de la vida religiosa le pidiese el hábito. La desconfianza no es la cualidad de los Santos. Estévan se dejó persuadir, y concedió un asilo contra los peligros del siglo y de la corte al impostor sacrilego que se lamentaba con grande apariencia de piedad, de no haber podido hallar en ella la senda de la salvacion. Le puso desde luego el hábito de novicio, que llamaban hábito pequeño, le cortó el pelo al cabo de tres dias, y le dió el hábito monástico. Tres dias despues el impostor se escapó del monasterio, y fue á palacio á presentarse al Emperador; el cual en el intervalo habia juntado el pueblo en la plaza del Hippodromo para quejarse de que los abominables, esto es, los monges, corrompian á las gentes de su corte. Cuando vió á Jorge en hábito de monge, convocó de nuevo la asamblea del pueblo, y le puso á su vista en este estado. La multitud ciega empezó á gritar contra Estévan: *muerá el seductor, el rebelde: es digno del último suplicio*. Entretanto para acabar la comedia, mandó el Principe que Jorge fuese despojado inmediatamente de su hábito negro, llamado por el perseguidor hábito de tinieblas. Le quitaron primero el epídomo ó escapulario, luego la cogulla ó capucha, despues el ceñidor, y por último el anábe, que era una especie de banda, ó por mejor decir, estola que los monges traían al cuello. Pasaron sucesivamente estas prendas de mano en mano entre los cortesanos y el pueblo; todos las arrojaron con desprecio, y las pi-



saron burlándose de ellas á porfía. En fin, cuatro hombres estendieron á Jorge en el suelo, le desnudaron enteramente, y le echaron encima un barreño de agua como para purificarle.

Después de este preludeo burlesco envió el Emperador al monte San Ausencio una multitud de gente armada, que dispersó á todos los monges, y puso fuego al monasterio y á la iglesia; por lo que quedaron reducidos á cenizas hasta los cimientos. Sacaron á Estévan de la gruta, cogiéndole por la garganta, llenándole de golpes y de injurias, y escupiéndole en el rostro, y le condujeron hácia el mar desollándole las piernas entre las malezas y espinas. Habiéndole puesto en una barca, fueron costeano hasta el monasterio de Filípico cerca de Chrisópolis, donde le encerraron y dieron cuenta al Emperador.

Éste llamó á cinco obispos, corifeos de los iconoclastas, á saber: Teodosio de Éfeso, Constantino de Nicomedia, Nacolio de Natolia, Sisinio de Pastila y Basilio de Tricácabo, y dióles orden de que fuesen en compañía del patriarca Constantino á reducir á Estévan; pero el patriarca que conocia el antagonista que habia de tener, rehusó la comision. El patriarcio Calisto junto con otros muchos grandes oficiales de la corona, no pudo dispensarse de aceptarla. Llegaron á Chrisópolis, é hicieron comparecer á Estévan que vino sostenido por dos hombres, con grillos en los pies, cuasi espirando, y en un estado que escitaba la compasion y el llanto. El obispo de Éfeso, que se tenia por sabio, le dijo: „varon de Dios,

¿cómo estais persuadido que sabeis mas que el Emperador y tanto número de obispos á quienes mirais como á hereges? Consiste, respondió Estévan, en que vosotros introducís una novedad en la Iglesia, y en que se os puede decir con el profeta: en vano los grandes de la tierra, y los pastores de los pueblos se han conjurado contra la Iglesia y contra Cristo.” Constantino de Nicomedia, jóven colérico, no le permitió proferir mas palabras, y levantándose del asiento, dió un puntapié en el rostro del Santo que estaba sentado en el suelo. Uno de los guardias le dió otro en el vientre, le dejó caer de espaldas, y continuó dándole patadas en el pecho, hasta que el senador Calisto, tanto mas indignado de esta brutalidad, quanto un obispo habia sido su primer autor, abrevió la cuestion, diciendo en dos palabras al santo confesor: *escoged entre la muerte y la sumision al concilio.*

„Mi vida está en Jesucristo, replicó Estévan, y mi gloria es morir por su culto. Pero léaseme la definicion de vuestro concilio para ver lo que os hace enemigos de las santas imágenes.” Habiendo leído Constantino el título, que estaba concebido en estos términos: *definicion del santo concilio séptimo ecuménico*; replicó Estévan acerca de cada una de estas espresiones: „¿cómo puede desde luego llamarse santo un concilio que manda profanar cosas santas, que niega el título de Santos á los Mártires y á los Apóstoles, y los llama solamente Apóstoles y Mártires? ¿cómo dais el nombre de ecuménico á un concilio



cuya celebracion no ha sido á gusto del obispo de Roma, sin cuya autoridad prohiben los cánones formar reglas acerca de las cosas eclesiásticas: á un concilio que no ha sido aprobado por el patriarca de Alejandria, por el de Antioquia, ni por el de Jerusalem, y que no ha sido enviado á toda la Iglesia y á las diferentes sillás, para obtener su confirmacion? ¿cómo, en fin, puede llamarse séptimo concilio el que no conviene con los seis precedentes? ¿En qué punto, replicó Basilio, hemos contraenido á los seis concilios? ¿Pues qué, dijo Estévan, no fueron celebrados en las iglesias? ¿Y en estas iglesias no habia imágenes reverenciadas de nuestros padres? Responded obispo, vuestros labios deben ser depositarios de la tradicion." No tuvo Basilio que oponer. Levantando el Santo los ojos al cielo, prorrumpió en un profundo suspiro, y estendiendo luego la mano con autoridad, dijo: *cualquiera que no adore á Jesucristo en las imágenes que le representan segun su humanidad, sea escomulgado.* Quiso continuar; mas avergonzados los emisarios del papel que estaban haciendo de reos, se separaron de él, y volvieron á presentarse al Emperador. Los obispos quisieron ocultar su oprobio, pero Calisto dijo al Príncipe: estamos vencidos, Señor; ese hombre es poderoso en razones, y mira con mucho desprecio la muerte. Irritado Constantino, tomó al instante la pluma, y espidió una orden para desterrar al santo solitario á la isla de Proconeso cerca del Helesponto.

84. San Estévan curó al superior del monasterio

de Filípico, desauiciado de los médicos, y luego marchó con alegría y con una especie de celeridad, á pesar de no haber tomado ningun alimento en el espacio de diez y siete dias que permaneció encerrado. Se habia negado constantemente á tomar cosa alguna de lo que el Emperador le enviaba con abundancia. En Proconeso su habitacion ordinaria fue una caverna que le pareció muy cómoda y agradable por su bella situacion en la ribera del mar, é inmediata á la iglesia de Santa Ana, aunque aquella costa no estaba habitada. Las yerbas que crecian al rededor le servian de alimento. Sus discípulos arrojados del monte San-Ausencio, é informados del lugar de su destierro, fueron á ponerse bajo su obediencia, y formaron un nuevo monasterio. El Señor le concedió el don de milagros con aquella brillantéz con que se complace en revestir las obras de su omnipotencia, cuando sus favores particulares sirven al mismo tiempo al bien general de su Iglesia. El santo confesor dió la vista á un ciego de nacimiento, diciéndole: *en el nombre de Jesucristo que adoras en sus imágenes, recobra la luz.* Libertó al hijo único de una muger de Cizio poseido del demonio nueve años habia, haciéndole asimismo adorar á Jesucristo en su imagen. Curó igualmente á una muger ilustre de la ciudad de Heraclea, afligida habia siete años de un flujo de sangre. Hizo sobre todo muchos milagros en favor de los navegantes espuestos á los peligros del mar. Cuando desde la cumbre de la montaña en que habitaba, veía el mar embravecido, llamaba á sus hermanos á



la oracion; y despues de la tempestad acudian frecuentemente los navegantes á darle gracias, publicando que durante el peligro le habian visto gobernar la nave.

Pero el prodigio que causó mayor sensacion, fue la cura de un soldado paralítico de medio cuerpo, á quien restituyó la salud mas completa, haciéndole venerar la imágen de Jesucristo y de su santa Madre. El hecho llegó á noticia del gobernador de Tracia, de donde habia salido el enfermo para la isla de Proconeso, y le pareció muy importante trasladarlo al Emperador junto con el soldado calificado de idólatra segun los principios del Príncipe iconoclasta. Coprónimo le preguntó en tono capáz de trastornarle, si persistia en la idolatría. El soldado intimidado se echó á sus pies, pidió perdon alegando que habia sido seducido, y anatematizó las imágenes. Inmediatamente fue nombrado centurion; pero al volver el nuevo oficial á su casa, le arrojó en tierra el caballo, y le pateó con tal furia que le hizo espirar en el sitio.

No pudiendo Constantino Coprónimo perdonar á San Estévan estos nuevos favores del Todopoderoso, tomó el partido de publicar que el monge de Ausencio, en vez de corregirse con el destierro, inducia con mayor audacia al pueblo á la idolatría. Le mandó llevar á Constantinopla, y encerrar en la prision de los baños, atadas las manos con esposas y los pies con grillos. Pocos dias despues subió á la azotea del Pharo, y le hizo comparecer en ella. Dirigiéndose Es-

tévan á aquel parage, pidió una moneda en que estaba la efigie del Príncipe, y la tuvo oculta debajo de sus vestidos. Luego que el Emperador distinguió á Estévan, se abandonó á su furor ordinario, y exclamó: „¿Qué desvergüenza! ¿Qué oprobio! Ahí tenéis al miserable que se atreve á resistirme y á ultrajarme.” El Santo tenia los ojos modestamente bajos sin responder palabra. El tirano le lanzaba espantosas miradas, le amenazaba con gestos, segun su costumbre, y luego le dijo: tú, el mas vil de los hombres, no te dignas de responderme! Entonces contestó Estévan con una dulzura y tranquilidad verdaderamente celestial: „Señor, si habeis resuelto condenarme, enviadme al suplicio sin dilatarlo mas. Pero si vuestra Magestad quiere tomar conocimiento de mi causa, temple el fuego de su indignacion, pues las leyes así lo prescriben á los jueces. Replicó Constantino: ¿cuáles son los decretos de los padres que hemos quebrantado para darte motivo de tratarnos de hereges? A lo que respondió Estévan: habeis condenado las santas imágenes que los padres adoraron en todos tiempos, y cuyo culto nos han transmitido. Confundiendo lo sagrado y lo profano, no os causa horror llamar indistintamente ídolos á la figura de Jesucristo y á la de Apolo; y á las imágenes de la Madre de Dios como á las de Venus y Diana, hollarlas y entregarlas á las llamas. Hombre estúpido, replicó el Emperador, espíritu grosero é ignorante, ¿acáso pisando las imágenes, despreciamos á Jesucristo? ¡No lo permita Dios!” En este momento, presentando el



Santo la moneda que tenia de antemano en su poder, dijo al Príncipe: „Señor, ¿de quién es esta imagen y esta inscripcion? Constantino respondió: ¿de quién ha de ser sino del Emperador?” Al oír esto el varon de Dios, dió un profundo suspiro, arrojó luego la moneda en tierra y la pisó. Los que acompañaban al Príncipe se echaron sobre el Santo como bestias feroces para precipitarle de la azotea; pero Constantino, mas sensible que ellos al deshonor de hallarse convencido, los detuvo y envió al Santo á la prision del pretorio para hacerle juzgar formalmente.

85. Prosiguió estendiéndose la persecucion con nueva violencia á todas las clases y condiciones. Coprónimo hizo castigar rigurosamente á gran número de soldados y oficiales fieles á la religion de sus padres (1). Exigió de todos sus vasallos en general un juramento de no tributar culto alguno á las imágenes: obligó al mismo patriarca Constantino á subir al púlpito de la iglesia mayor para hacer este juramento sobre la verdadera cruz; despues de lo cual aquel indigno obispo fue admitido á la mesa del Emperador, y sentado en ella al son de instrumentos músicos, coronado de flores como para una fiesta de teatro; y comió públicamente de carne, con desprecio de la profesion monástica que habia abrazado.

Pero este favor tuvo la misma suerte que todos aquellos que se adquieren con el pecado (2). Algun tiempo despues, por el capricho bárbaro del mismo Emperador, hicieron comparecer á este prevaricador

(1) *Theoph. ann. 27. num. 25. pag. 367.* (2) *Id. pag. 371.*

sacrilego en un estado muy diferente, cubierto de infamia por una sentencia de deposicion, despedazado á golpes, y acompañado de un secretario de estado que llevaba un libro, en el cual estaban escritos los delitos del patriarca. Se leyeron á vista de todo el pueblo, y á cada capítulo de acusacion golpeaba el secretario con el libro la cara del acusado. Inmediatamente le hicieron subir á aquel mismo púlpito que habia servido de teatro á su impiedad; y el patriarca Nicetas, substituido en su lugar, envió obispos para que le quitasen el palio; despues de lo cual le hicieron salir de espaldas del lugar santo. Tal fue la ceremonia de la degradacion, que en aquel tiempo se usaba antes de la pena de muerte, que sufrió al cabo de pocos dias. La mañana siguiente á su deposicion, dia de espectáculo en el Hippodromo, le afeitaron la cabeza, la barba y las cejas, y despues de haberle vestido de un hábito grosero de lana sin mangas, le montaron de espaldas en un asno guiado por su sobrino, á quien habian cortado las narices. (1). Anduvo de este modo por toda la carrera en medio del pueblo que le escupia y le ultrajaba de mil maneras. Al llegar al término señalado, le bajaron del asno, le pusieron el pie encima del cuello, y le abandonaron á todos los insultos del populacho hasta el fin del espectáculo. Por último el Emperador, cuya manía contra las imágenes no podia distraerse con objeto alguno, le envió á preguntar lo que pensaba acerca del último concilio. Creyendo el infeliz que

(1) *Hist. Miscel. lib. 21. pag. 721.*